



«El Furor» y las autoridades de gobierno

por Dionisio Byler

Elkhart (EEUU), 17 de octubre — Escribo desde la distancia de estar pasando unas semanas en EEUU con mi esposa Connie. Ante nuestra jubilación inminente, nos estamos despidiendo de las iglesias menonitas e individuos y parientes, que nos han venido apoyando con sus oraciones, interés y donativos durante nuestros años de servicio con la Red Menonita de Misión.

Nunca he creído que la fe cristiana deba vivirse a espaldas de lo que sucede en la sociedad que nos rodea. Este mes de octubre de 2017, la sociedad española vive conmocionada por el enfrentamiento que se venía anunciando desde hace tiempo, entre los gobernantes de Cataluña y los de toda España.

Comenté a alguien aquí —supongo que a un menonita— que tengo la impresión de que todos los nacionalismos son como la religión: un sentimiento inexplicable, generador de identidad personal, capaz de provocar una lealtad suprema superior a todo. Me contestó que no, que el nacionalismo no es que **parezca** una religión, **es** una religión. Adora el falso dios de la nación soberana como solución a todos los males, exigiendo que sacrificuemos en su altar cualquier otro vínculo humano.

En la era del Nuevo Testamento faltaban muchos siglos para que se inventase la ideología del nacionalismo. Sin embargo había un cierto equivalente en el culto al emperador y devoción a la diosa Roma. Nelson Kraybill, en *Apocalipsis y lealtad* (Ediciones Biblioteca Menno, 2016)

documenta ampliamente la idolatría inherente a la política de aquellos tiempos, a la que la iglesia se oponía declarando Señor, es decir soberano político, al Cordero, a Jesús resucitado.

Ante las tensiones de estos días, hallo los siguientes pensamientos del apóstol Pablo en su Carta a los romanos:

^{12,9} *Que el amor sea sincero. Rechazad la maldad, sumaos a la bondad.* ¹⁰ *Haya entre vosotros un afecto fraternal entrañable, anteponiendo a todo, el honrar cada cual al prójimo.*

[...]

¹⁴ *Hablad bien de los que os perjudican; hablad bien, no habléis mal.*

¹⁵ *Alegraos con los que están contentos, llorad con los que se lamentan.*

¹⁶ *Consideraos así mutuamente entre vosotros, sin pensar nadie que es superior sino adhiriéndoos a los más despreciados. Que nadie piense que su opinión es la que más importa.*

¹⁷ *Que nadie responda al mal con otro mal. Proponeos conseguir el bien como respuesta a todas las personas.*

¹⁸ *Si es posible, por lo menos en lo que de vosotros dependa, vivid en paz*

con todo el mundo. ¹⁹ *Queridos, no pretendáis vengaros sino permitid que intervenga «el Furor», ya que pone: Mía es la venganza, ya me hago cargo yo —dice el Señor—. ²⁰ Al contrario: Si tu adversario tiene hambre, dale de comer; y si tiene sed, dale de beber. Porque haciendo esto le enfrias su acaloramiento.*

²¹ *Así que no dejes que la maldad te domine, sino domina tú la maldad mediante la bondad.*

^{13,1} *Que todo el mundo obedezca la autoridad superior que gobierna, porque no existe autoridad que no tenga que rendir cuentas a Dios; y las que están, por Dios están controladas.*

² *Entonces, el que opone resistencia se subleva contra ese control divino; y los que se sublevarán serán juzgados.*

³ *Porque los que gobiernan no asustan al que actúa con bondad sino al malhechor. Así que si quieres no tener miedo de la autoridad, actúa con bondad y te acabará reconociendo, ⁴ ya que está al servicio de Dios para lo bueno. Pero si eres malhechor siempre tendrás miedo, ya que dispone de medios de castigo eficaces: es el vengador del «Furor» contra los malhechores.*



También en este número:

Estética evangélica	2
El testimonio de la resurrección	5
Noticias de nuestras iglesias	7
Diccionario: gracia	8

⁵ *Por consiguiente no hay más remedio que obedecer. Y no solamente por «el Furor» sino también en conciencia.* ⁶ *Por esto mismo pagáis impuestos, ya que están al servicio de Dios para dedicarse a esto mismo.* ⁷ *Pagad entonces a todos lo que corresponda: al que impuesto, impuesto; al que tasa, tasa; al que respeto, respeto; al que honores, honores.* ⁸ *No dejéis a deber nada a nadie, además de estar amándoos unos a otros, ya que quien ama al prójimo obedece la ley divina.* ⁹ *Por cuanto aquello de: No cometas adulterio, no mates, no robes, no envidies y si es que hay algún otro mandamiento, en esta idea se resume: Amarás a tu prójimo como a ti mismo.*

¹⁰ *El amor es incapaz de hacerle mal al prójimo. Es por eso el cumplimiento perfecto de la ley divina.*

Esto lo escribe Pablo sin ilusiones ingenuas acerca de ningunas presuntas bondades del régimen romano, pagano, idólatra, imperialista y colonialista, cruel hasta el colmo de organizar espectáculos de muerte humana para diversión de masas embrutecidas. Esas autoridades «que no asustan al que actúa con bondad» habían crucificado a Jesús y acabarían también con la vida del propio Pablo. Esto lo

sabía bien Pablo —o lo podía adivinar en cuanto a sí mismo— cuando escribió estos renglones.

Así que es imposible que aquí quiera decir que toda la autoridad que se impone por la fuerza sea en sí benigna y deseable. Lo que sí quiere decir es que la sensatez y el espíritu pacífico de los cristianos nos llevará a pagar nuestros impuestos y obedecer las leyes —aunque no sean de nuestro agrado— porque sabemos que opera en el mundo un ente que Pablo tipifica aquí como «el Furor», que aplasta a los que actúan por otros principios que el amor al prójimo y el devolver siempre bien por el mal que nos hagan. «El Furor» castigará a los que se subleven, pero también castigará a las autoridades siempre que se subleven ellas contra el control divino del ejercicio de su potestad de gobierno.

En las traducciones habituales, a las palabras «el Furor», que vienen en el texto griego, se suele añadir «de Dios», con el resultado de que ponen «la ira de Dios». Viene a ser tal vez lo mismo, aunque creo que la forma que lo expresó originalmente Pablo es más sugerente del carácter impersonal de cómo operan a lo largo de la historia humana la violencia, los tumultos, las guerras, y los castigos frecuentemente

exagerados e injustos que ejecutan las autoridades. A Dios no se le escapa nada, por supuesto; pero «el Furor» no es tanto un enfado monumental de Dios, como una facultad que Dios ha activado en el mundo, que hace que sea imposible que ningún régimen humano se eternice.

Al margen de ello, sin embargo, los seguidores de Jesús nos regimos por nuestras propias reglas, que son claras, sencillas, transparentes y luminosas como el sol. A nadie devolvemos mal por mal. Anteponemos la felicidad del prójimo a la propia, y consideramos con respeto y predisposición favorable sus opiniones aunque sean contrarias a las nuestras. Amamos al prójimo como a uno mismo, y entendemos que la quintaesencia del amor es su incapacidad de provocarle ni desearle ningún mal a nadie.

Pagaremos nuestros impuestos y obedeceremos las leyes de cualquiera que sea que mande, por supuesto. Pero sobre todas las cosas, seremos conocidos como un pueblo de amor y de paz, que no refunfuña ni se queja sino que confía felizmente en el control que ejerce Dios sobre la humanidad.

Estética evangélica

por Félix Ángel Palacios

El filósofo español López Aranguren, en su ensayo titulado *Catolicismo y protestantismo como formas de existencia* (1952), realiza una interesante comparativa sobre cómo entienden la vida y a Dios los católicos y los protestantes. Para él, la Iglesia Católica es la portadora del espíritu latino histórico de la Roma clásica, la heredera cultural de la Antigüedad.

Censura el insigne pensador «la ausencia de imágenes y metáforas, de toda poesía» que caracteriza al protestantismo en general, principalmente a los calvinistas, a quienes ve como «gentes tristes, graves y secamente austeras, hostiles al goce». Por el contrario, afirma, el alma del católico es figurativa, disfruta de la vida porque se siente tranquilo con el mundo y con Dios, protegido por la Iglesia e



El órgano de tubos, un elemento embellecedor frecuente en iglesias evangélicas.

identificado con esa belleza formal del rito y los templos católicos, cuyo atractivo es tan sumamente poderoso, que artistas y estetas corren el riesgo de «un catolicismo vivido desde un punto de vista puramente estético».

No soy artista ni experto en el tema, pero esto me hace pensar en los aspectos estéticos del cristianismo evangélico:

1. ¿Qué comunican nuestros templos?, y
2. ¿Qué inspiramos como evangélicos?

«El arte es la forma primaria de la vida, y sin belleza no hay verdad», afirmaba el poeta alemán Stefan George¹. «La belleza conduce al bien», intuía Platón, quien veía en el amor la búsqueda activa de la belleza y la verdad. Para Fromm, psicoanalista que se consideraba a sí mismo un *místico ateo*, el amor es un arte y como tal requiere disciplina, concentración, paciencia y excelencia. «Todos están sedientos de amor — sigue diciendo— [...] Para la mayoría de la gente, sin embargo, el problema del amor consiste fundamentalmente en ser amado, no en amar»². Si amar es comprometerse con el arte y la verdad, buscar la belleza y donarla, este mensaje no debería pasar inadvertido para los discípulos de Cristo.

La estética refleja la ética³. Las formas derivan de un porqué. El significado está ligado al significante. Los gestos expresan tanto o más que las palabras. *De la abundancia del corazón habla la boca* (Lc 6,45). *Yo te mostraré mi fe por mis obras* (Stg 2,18). Todo esto habla de una realidad invisible manifestada en lo material. Los protestantes, sin embargo, embebidos tradicionalmente en «la iconoclasia de la pura interioridad»⁴, todavía no lo hemos entendido.

¹ Citado por JL López Aranguren en *Catolicismo y protestantismo como formas de existencia*. Biblioteca Nueva (Madrid, 1998), pág. 176.

² Erich Fromm, *El arte de amar*. Ediciones Paidós (Barcelona, 1980), pág. 13 (cap. I: ¿Es el amor un arte?).

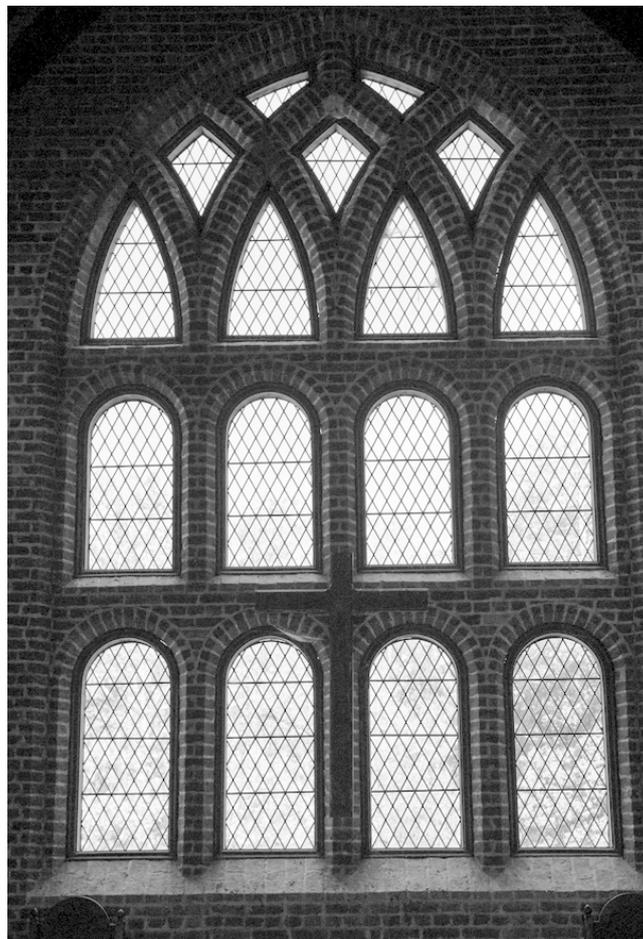
³ Wittgenstein, lingüista y matemático austríaco (1889-1951).

⁴ Werner Jaeger, op. cit. de JL López Aranguren, pág. 174.

Nuestro hermano Miguel Vieira, licenciado en arte dramático y técnico de cultura en la Junta de Castilla y León, cree equivocada la elección de la iglesia al arriar la bandera del Arte. Vieira afirma, además, que el artista cristiano refleja la cosmovisión cristiana en lo que crea, y que haciéndolo practica la verdad. Si en el corazón del creyente habita el Espíritu Santo, el Artista por antonomasia, ¿en algo se tendría que notar!

Todo lo que Dios hace manifiesta sabiduría y ciencia, armonía y equilibrio, sensibilidad y delicadeza en grado sumo, pues traduce lo que Él es. Hay tanto amor vertido en la Creación, tanta belleza, que contemplarla nos coloca inevitablemente ante el compromiso de reconocer en ella a su Autor, una gratitud que no siempre estamos dispuestos a dar (Ro 1,20-21). Por si fuera poco, la entrega del Hijo para salvar a un mundo perdido es de una hermosura moral sobrecogedora, inigualable, infinita.

El aprecio de Dios por la excelencia espiritual y material resulta evidente a lo largo de toda la Biblia. Las formas deliciosas del arca de la alianza, el tabernáculo y su contenido, las vestiduras sacerdotales, etc., apuntan a una realidad espiritual. *Yo he llamado a Bezaleel, y lo he llenado del Espíritu de Dios, en sabiduría y en inteligencia, en ciencia y en todo arte, para inventar diseños...* (Ex 31,2-4). Las leyes que instruían al pueblo y lo preservaban, trasudaban igualmente el atractivo del Espíritu divino. Incluso la forma de acampar Israel en el desierto asombraba al espectador: *¡Cuán hermosas son tus tiendas, oh Jacob, tus habitaciones, oh Israel!* (Nm 24,5-6).



En iglesias evangélicas sin vidrieras de color, las ventanas suelen permitir admirar las copas de los árboles.

Tiene razón Aranguren: la Iglesia Católica ha creado una ingente cantidad de arte, asombroso y emocionante, y no solo en lo que se refiere a esa iconografía tan aborrecida por judíos y protestantes. Israel supo crear un arte propio en lo arquitectónico y lo decorativo, el *arte judío*, en consonancia con el Dios que diseñó personalmente su lugar de culto, su liturgia, sus fiestas, etc. Conscientes de que contenido y continente van de la mano, los hebreos han sabido expresar estéticamente desde hace más de tres mil años una realidad espiritual sencilla pero única, demostrando que se puede mantener el equilibrio entre el arte y el aniconismo, el rechazo a las imágenes como objetos de culto tal como ordenó Dios a Moisés.

También las primeras iglesias no legaron el *arte paleocristiano*: catacumbas y *domus ecclesiae* eran embellecidas con crismones, panes y peces, representaciones del Cordero, etc., que expresaban su fe y otras muchas cosas tan hermosas como reales. Era un arte para el consumo

interno, y su estilo impresiona por recatado, sencillo, intenso y sincero. ¿Por qué nosotros no hemos hecho lo mismo?

Aún no entendemos que el arte, en todas sus manifestaciones, no es incompatible con el mensaje del Evangelio y que lo comunica de manera magnífica en sintonía con la estética divina. Lamentablemente, cinco siglos de Reforma Protestante no han sido suficientes para que los evangélicos demos con un estilo que nos defina como pueblo que se alegra en su Dios, que se relaciona con Él prescindiendo de boatos e intermediarios, y que celebra existencialmente la Redención efectuada a su favor por Cristo.

Pese al elevado número de artistas nacidos en el seno del protestantismo desde el siglo XVI, principalmente músicos y pintores, nuestros lugares de culto dejan en general mucho que desear desde el punto de vista estético o, lo que es peor, transmiten un mensaje de austeridad y sequedad visual que asusta. «¡Oiga, que no somos Salomón!», y es verdad, pero no debemos confundir limitación de medios con pobreza de ideas o mal gusto, y ejemplo de ello nos lo dan aquellas personas de condición humilde pero enormemente dignas en su porte. Lo sencillo no es sinónimo de feo, ni lo funcional tiene por qué ser triste o burdo.

El minimalismo, esa corriente artística que considera que «menos es más», nos sirve también de ejemplo: prescindiendo al máximo de los objetos decorativos, utiliza solo aquello que realza la pureza de líneas y la

armonía del lugar. La minimalista sencillez de los lirios del campo, ensalzada por el Señor Jesús, contiene más alegría y elegancia que los vestidos del propio Salomón (Mt 6,28-29), y nos recuerda que lo magnífico y lo majestuoso no siempre se corresponde con lo caro. Es más, la sobrecarga estética y la ostentación pueden ser tan desagradables a la vista y estar tan alejadas de la virtud como el mayor de los vicios.

Como señalábamos al principio, la iconoclasia de la pura subjetividad, el énfasis en la interioridad, nos ha alejado históricamente a los protestantes del contacto con la esfera del arte como forma de expresar nuestra fe y esperanza. En consecuencia, nuestros lugares de culto no comunican ni la mínima parte de lo que somos ni lo que tenemos por la gracia de Dios, es más, muchos de ellos evidencian más el poco atractivo de una condición humana alejada naturalmente de Dios que la belleza de la nueva vida en Cristo.

Resulta paradójico proclamar la presencia de Dios entre nosotros, enfatizar una relación personal con Él, desatendiendo al mismo tiempo el lenguaje estético con el que nos comunicamos con los demás. Podemos entender la reacción pendular en los inicios de la Reforma contra el abuso de la Iglesia de Roma en este sentido, o el énfasis en que la virtud moral está por encima de los adornos externos, pero prescindir de toda licencia estética en aras de una pretendida sobriedad evangélica y para dejar claro que rechazamos lo vano, no parece ajustarse a la exultante realidad

espiritual en la que vivimos.

Somos lo que parecemos, lo que nos debería preocupar como evangélicos. Nuestra renuencia a utilizar el lenguaje visual no se reduce únicamente a lo arquitectónico o lo decorativo de nuestros templos. Las otras áreas de nuestro vivir diario, aquellas tan enfatizadas como «el testimonio del creyente», discurren a menudo por estos mismos parámetros de pobreza gestual, descortesía y mal gusto aun entre hermanos en la fe, una dureza de formas totalmente contraria a la ternura y la exquisitez del corazón de Cristo, pero acorde con la escenografía en la que nos envolvemos. Por tal motivo, muchos creyentes dudan seriamente a la hora de invitar a alguien con un mínimo de sensibilidad a acudir a su iglesia.

Renunciar a izar la bandera del arte supone crear entornos eclesiales poco inspiradores, por decirlo de manera suave. A veces son estéticas heredadas de situaciones pretéritas difíciles, pero por lo general siguen lo que marca el mejorable gusto de la organización a la que pertenece la iglesia, del pastor y su señora, etc. Tristemente, cuando algún templo evangélico llama la atención, lo hace por lo recargado y estridente, una estética absurda en consonancia con la megalomanía de sus pastores. Este panorama nada alentador traduce un desequilibrio interno, un alma empobrecida, alejada pavorosamente de una de las facetas más atractivas y asombrosas de nuestro Padre: la belleza de las cosas. *Eras perfecta a causa de mi hermosura que yo puse sobre ti, dice Jehová el Señor (Ez 16,14).*

¿Y estética anabautista?

Me encanta que Félix haya decidido compartir las reflexiones a que le inspira la lectura de este libro sobre estética cristiana.

La tradición anabautista ha resultado muy diversa en cuanto al tipo de lugares de culto. Empezando como movimiento clandestino, en muchos lugares, y a veces durante siglos, no pudieron tener edificios propios para el culto. Se reunían en casas particulares o en edificios propios pero disimulados.

La tradición evangélica siempre dio protagonismo a la predicación de la Palabra, por lo que el púlpito desde donde se predicaba se ha encontrado habitualmente al frente y centro de las iglesias. Ha sido también habitual, al frente, un «altar» o mesa donde desplegar los elementos de la Cena del Señor. Y en algunas iglesias, detrás del púlpito, ha habido dos o tres filas de bancos donde se sentaba el coro, de frente a la congregación reunida.

Muchos de estos elementos han sido imitados en iglesias menonitas,

pero con una particularidad: la disposición de las sillas o bancos ha sido muchas veces semicircular o en «U». Se conseguía así que todos los asistentes pudiesen ver las caras del máximo posible de los hermanos y las hermanas. «La iglesia» se entendía ser la comunidad humana. Hallarse de frente unos a otros, entonces, resultaba tan interesante y atractivo, que nadie echaba a faltar otros puntos de interés visual o «estético» que la propia belleza de las personas presentes. [Dionisio]

Esta *estética evangélica*, llámémosla así, por demás anodina, no hace justicia a un pueblo en cuyo corazón hay un tesoro colosal, una fuente inagotable de vida que transforma cuanto toca y embellece todo el abanico de la existencia. *El hombre bueno, del buen tesoro de su corazón saca lo bueno* (Lu 6,45). Somos imagen de Dios y templo del Espíritu Santo, por lo que la presencia del Eterno se halla por partida doble en el alma del creyente, una realidad que, sin embargo, es desdeñada visualmente entre nosotros.

En resumen, y volviendo a las preguntas del inicio, podríamos decir que:

1. La estética habla de ética, las formas del fondo, un lenguaje que los evangélicos deberíamos saber manejar.
2. La Iglesia posee una realidad espiritual única, un mensaje extraordinario incompatible con lo burdo, lo seco, lo triste y lo displicente que transmiten nuestros templos o nuestra forma de ser y de relacionarnos.

3. Nunca hay una segunda oportunidad para causar una primera impresión. Nuestros entornos eclesiales son escaparates que confirman o contradicen lo que tenemos en Cristo. Plasmar en ellos las verdades que proclamamos exige utilizar un lenguaje visual que nos haga justicia como pueblo de Dios.

*¡Cuán grande es su bondad!
¡Cuánta su hermosura!* (Zac 9,17).

Ahora entiendo el evangelio (9/20)

El testimonio de la resurrección

por Antonio González



En los capítulos anteriores hemos hablado de la afirmación cristiana de que Dios estaba en Cristo reconciliando el mundo consigo. Sin esta afirmación, difícilmente podríamos pensar que la muerte de Jesús signifique una victoria sobre el pecado. De hecho, más bien se podría ver a Jesús como alguien que simplemente fue abandonado por Dios.

Ahora bien, ¿de dónde sacaron los primeros cristianos la idea de que Dios estaba en Cristo, reconciliando el mundo consigo? Para entender esta afirmación, tenemos que ver el segundo elemento del evangelio. Se trata de la resurrección de Jesús.

De hecho, sin la resurrección de

Jesús, difícilmente podríamos entender que el evangelio sea una buena noticia. Es más, el pasaje sobre el sufrimiento del siervo del Señor, que era la continuación de las «buenas noticias» profetizadas por Isaías, culmina justamente afirmando la exaltación del siervo del Señor (Is 53,10-12). ¡Algo anunciado cientos de años antes de Jesús!

El mensaje gozoso de los primeros cristianos consistía precisamente en el «testimonio de la resurrección» de Jesús (Hch 4,33). Podemos preguntarnos ahora en qué consiste la resurrección.

1. El adelanto del fin

La resurrección se ha de entender desde su trasfondo en el Antiguo

Pacto. El pueblo hebreo siempre esperó que la fidelidad de Dios se mostrara en la historia. A diferencia de otras religiones, que se enfocan en algún tipo de supervivencia del alma después de la muerte, la religión hebrea se centró en la historia.

Desde el Éxodo, el Dios de Israel es un Dios que actúa poderosamente en la historia humana. Israel no esperaba un consuelo individual para después de la muerte, sino la libertad y la supervivencia del pueblo. Por eso son tan escasas las referencias a la supervivencia individual que podemos encontrar en el Antiguo Pacto.

Sin embargo, en la religión de Israel se fue desarrollando una esperanza que, de alguna manera, unificaba la restauración del pueblo en la historia con la restauración de los difuntos. Los profetas de Israel fueron proclamando magníficas visiones del futuro, en las que se incluían también a las generaciones pasadas, incluyendo a quienes habían sido oprimidos, derrotados, y humillados a lo largo de la historia.

Un buen ejemplo es el capítulo 37 del libro de Ezequiel. Allí el profeta ve un valle lleno de huesos secos a los que el Espíritu vuelve a dar vida, restaurando la carne, y para unirlos al pueblo redimido por Dios. Otro ejemplo es el libro de Daniel, donde se profetiza una liberación del pueblo que incluirá a los difuntos, que brillan

La resurrección de Jesús fue entendida por los primeros cristianos como una especie de adelanto de la resurrección final. Los primeros cristianos «anunciaban en Jesús la resurrección de entre los muertos». Jesús sería las «primicias» o primeros frutos de la resurrección general, el «primogénito» de entre los muertos.

rán como las estrellas (Dn 12,1-3).

La resurrección de Jesús fue entendida por los primeros cristianos como una especie de adelanto de la resurrección final. Los primeros cristianos «anunciaban en Jesús la resurrección de entre los muertos» (Hch 4,2). Jesús sería las «primicias» o primeros frutos (1 Co 15,20-23) de la resurrección general, el «primogénito» de entre los muertos (Col 1,18).

¿Por qué anunciaban esto?

2. Los testigos

Mientras que la idea de una inmortalidad del alma es algo más o menos común en la historia de la humanidad, la afirmación de la resurrección de un difunto es algo que rompe con toda la experiencia humana sobre la muerte. Es algo que solamente se podría explicar como una acción de Dios. El mismo Creador de los cielos y de la tierra habría decidido comenzar algo así como una recreación, una nueva creación, de la humanidad.

El cristianismo primitivo basaba su afirmación en la existencia de testigos. No testigos del hecho mismo de la resurrección, sino testigos de las apariciones del resucitado. Pablo, en su presentación del evangelio, habla de la existencia de cientos de testigos, incluido él mismo, a los que todavía se les podía ir a preguntar por lo que habían experimentado (1 Co 15,4-8).

¿En qué medida estos testigos son

fiables? ¿No se podría tratar de una especie de engaño hecho por los primeros cristianos para ocultar el fracaso de Jesús en la cruz? ¿No podrían ser alucinaciones o ensoñaciones con las que muchas personas lidian con la pérdida de un ser querido? Hay varios motivos para pensar que esto no era así.

1. Desde el principio hay una multitud de testigos. No es algo que haya experimentado una sola persona.
2. Las presuntas «contradicciones» en los relatos que encontramos en los distintos evangelios muestran esta pluralidad de testigos. No se trata de un mismo relato de un testigo, luego copiado por otros.
3. Los relatos de la resurrección no contienen citas del Antiguo Pacto, algo que se podría esperar si los que compusieron los relatos estuvieran inventado sus historias. Los relatos todavía están frescos, y no están adornados con citas.
4. Entre los testigos de la resurrección que aparecen en los cuatro evangelios destacan las mujeres. Pero las mujeres no eran testigos válidos en el mundo judío ni gentil. Si los relatos hubieran sido inventados, se hubieran buscado testigos varones.
5. Nadie esperaba la muerte y resurrección del Mesías. Desde el punto de vista usual de Israel, un Mesías muerto prematuramente sería un falso Mesías. Simplemente habría que esperar a otro.
6. Para hablar de alucinaciones propias del duelo, existentes en todas las culturas, los primeros cristianos podrían haber recurrido a relatos sobre sueños o espíritus. Sin embargo, usaron un lenguaje concreto, referido al cuerpo.
7. En las alucinaciones propias del duelo, los difuntos suelen aparecer dando consuelo y despidiéndose de los seres queridos. Jesús, por el contrario, da una misión a sus discípulos: anunciar el evangelio.
8. Las experiencias con el resucitado no entran en los patrones disponibles para los judíos. El cuerpo de Jesús no se presenta como un cuerpo físico revivificado (al estilo

de Ezequiel 37), ni tampoco brilla como las estrellas (al estilo de Daniel 12). En lugar de seguir patrones usuales, los testigos hablan de un cuerpo extraño, que se reconoce y no reconoce, que se puede tocar, pero al mismo tiempo aparece y desaparece súbitamente. Un relato inventado hubiera utilizado los patrones disponibles.

9. Las ideas sobre el destino de los difuntos suelen ser muy estables en las culturas, incluso cuando otras ideas cambian. Los primeros cristianos se vieron obligados a transformar sus ideas sobre la muerte y la resurrección, entendiendo la resurrección de Jesús como un adelanto de la resurrección final.

Esto no es una «demostración científica» de la resurrección. Tampoco se puede demostrar científicamente que la resurrección no tuvo lugar. A lo sumo, se podría mostrar su suma improbabilidad. Sin embargo, de eso exactamente habla el cristianismo: la resurrección como un hecho altamente improbable, solamente posible como una *nueva creación*, iniciada por el mismo Dios que creó el universo entero.

La resurrección sigue requiriendo la fe en un testimonio. Jesús le dice a



Tomás, en el evangelio de Juan: «¡Dichosos los que no vieron y creyeron!» (Jn 20,29). La fe nos pone en una relación nueva con Dios, que no está basada en lo que podemos controlar, sino en la confianza. Mientras que «Adán» solamente acepta lo que está bajo su control, la nueva relación con Dios se funda en la fe, es decir, en la confianza hacia él. De ahí que sean más bienaventurados los que creen sin «pruebas».

Por otra parte, la resurrección se refiere a la realidad completa de Jesús, incluyendo su cuerpo. En el mundo hebreo no se esperaba la inmortalidad del alma, sino la resurrección del cuerpo. Esto no quiere decir que el cuerpo resucitado sea igual que nuestro cuerpo físico actual, como en la visión de Ezequiel. Todo lo contrario. El Nuevo Pacto habla justamente de un «cuerpo espiritual» (1 Co 15,44), sin explicarnos más en qué consiste tal cuerpo. Es algo que pertenece a la realidad del nuevo mundo, inaugurado por el Mesías.

Ahora bien, la resurrección, por muy adelantada que esté en Jesús, no significa por sí misma que Jesús sea alguien divino. Israel esperaba la resurrección de todos los seres humanos, o de todos los justos. Esto no los convertía en seres divinos. Sin embargo, el evangelio afirma que Dios estaba en Cristo reconciliando el mundo consigo. ¿De dónde sale esta afirmación? Es lo que tenemos que ver a continuación.

3. Para la reflexión

- Lee Ezequiel 37. ¿Qué te llama la atención del texto?
- ¿Qué significa que en Jesús se adelanta la resurrección de los muertos?
- ¿Te parece que el testimonio de la resurrección es un testimonio creíble?
- ¿Se puede demostrar científicamente la resurrección?
- Lee Juan 20,19-29. ¿Por qué son más bienaventurados los que creen sin ver?

Se considera el legado de la «reforma radical» Congreso de «iglesias de creyentes». Reforma y renovación

Goshen (EEUU) 25 de septiembre — Cincuenta años después del primer congreso de «iglesias de creyentes» *Believers Church Conference*, más de 150 personas, en representación de casi una docena de denominaciones, se reunieron en la Escuela Universitaria de Goshen los días 14-16 de septiembre. Fue la 18ª convocatoria de los congresos *Believers Church Conference*, y el tema fue «La Palabra, el Espíritu, y la renovación de la Iglesia».

El concepto de «iglesias de creyentes» se entiende con referencia a las que solo bautizan a creyentes, no a bebés.

Auspiciado por la Escuela Universitaria de Goshen y el Anabaptist Mennonite Biblical Seminary, el congreso trató el legado de la Reforma protestante desde la perspectiva de los grupos relacionados con la tradición anabautista, «la reforma radical». También fue ocasión para adorar juntos al Señor y para conversar sobre la utilidad que pueda tener el término *believers church*, «iglesia de creyentes», y el futuro de esta serie de congresos. Entre las familias denominacionales asociadas con esta tradición se encuentran los bautistas, Hermanos en Cristo, Iglesia de los Hermanos, Iglesia Cristiana (Discípulos de Cristo), amigos (cuáqueros), menonitas, pentecostales y otros.

Miroslav Volf, un teólogo renombrado que enseña en la Divinity School de la Universidad de Yale, retó a los asistentes a recuperar las ideas de humildad y regocijo que «inspiraron al joven Martín Lutero». El sentido moderno de identidad, alegó Volf, se basa en una noción precaria de competición y logros personales, que produce un sentimiento de ineptitud, fracaso y depresión, todo lo contrario del regocijo. La idea de humildad que esgrimía Lutero, donde la propia existencia es en sí un don divino, permite a los cristianos



Musa Mambula, del seminario Bethany Theological (izq.) conversa con Leonard Gross, de la Escuela Universitaria de Goshen.

recuperar su identidad auténtica y «regocijarse con los que se regocian». La ponencia de Volf atrajo una asistencia próxima a las 400 personas.

Diferentes mesas redondas dieron protagonismo a 75 personas cuyas ponencias trataron temas como «La Biblia y las reformas», «El Espíritu Santo y la misión de la Iglesia», «Política y ética», y «Ecumenismo y las Iglesias de Creyentes hoy».

Nancy Bedford, profesora de teología en Garrett-Evangelical Theological Seminary opinó, en una sesión plenaria, que el legado de la Reforma ha sido secuestrado por «un racismo blanco tóxico» norteamericano, que ella describió como «una apostasía autodestructiva». «El protagonismo del Espíritu Santo es indispensable — expuso— si es que vayamos a ser transformados por el camino de Jesús, para pasar por esa puerta estrecha que cuestiona esas formas tóxicas de cristianismo que se encuentran presentes en nuestra cultura hoy día, para abrirse a una generosidad que abraza a todos los que se encuentran en condiciones de vulnerabilidad».

Los próximos congresos de «iglesias de creyentes» serán en 2019 en Washington, y 2021 en Ámsterdam.

Fuente: mennoworld.org

Diccionario de términos bíblicos y teológicos

gracia — Amor y misericordia de Dios, predisposición favorable por la que Dios juzga con longanimidad y paciencia a la persona, con comprensión y bondad antes que con dureza y rigor para castigar a la primera. El redescubrimiento de la gracia, por parte de Martín Lutero, fue uno de los hitos de la Reforma protestante y está en el ADN del luteranismo hasta el día de hoy. Hoy día el concepto de la gracia divina es esencial en la teología de todos los cristianos, sean protestantes (evangélicos), católicos, o anabautistas.

Existe siempre una cierta tensión entre el concepto de la gracia divina y el de la justicia de Dios, la ira de Dios, por la que juzga intolerables determinadas conductas y actitudes de la humanidad, en particular las que provocan sufrimiento y muerte en el prójimo u ofenden la santidad y la majestad de Dios. Esa tensión es útil y necesaria. No se puede resolver en dirección a enfatizar demasiado la ira divina y sus justos castigos como si Dios fuese un juez imparcial que ignora la fuerza de afecto que le une a la persona juzgada. Tampoco se puede resolver en dirección a enfatizar demasiado una manga ancha y todo vale, donde acabaríamos pensando que Dios carece de seriedad y que sus mandamientos no son de cumplimiento obligado.

En castellano existe otro sentido de la palabra «gracia» que no tiene por ejemplo en inglés. Decimos que algo tiene gracia o que nos resulta gracioso, cuando nos hace reír. Tal vez deberíamos rescatar este sentido de la palabra también al meditar en la gracia de Dios.

Desde luego no es descabellado imaginar que quizá Lutero, que vivía hasta entonces agobiado por una escrupulosidad malsana y en terror al castigo de Dios, se echase a reír de puro alivio y alegría incontenible cuando el Espíritu Santo consiguió hacerle comprender que Dios le amaba y estaba dispuesto a abrazarlo en su divino seno por pura gracia, de puro amor incondicional de Padre. Los mejores chistes, los que de verdad

nos hacen reír, son los que desembocan en una sorpresa, en un final que de tan inesperado u ocurrente, nos provoca una explosión espontánea de carcajada. Así de inesperada y ocurrente le tiene que parecer al pobre ser humano que cree previsible tener que vérselas con Dios en un juicio eterno, cuando se entera que Dios nos ve con el tipo de benevolencia que se entiende cuando pone que «Noé halló gracia a los ojos de Dios», por lo cual salvó la vida y la de sus descendientes cuando el Diluvio.

Las actitudes y conductas humanas tienen consecuencias, sin embargo, consecuencias que son muchas veces harto perversas y malignas y que desencadenan toda una secuencia de violencias, maldades y sufrimientos. Como las olas de expansión cuando tiramos una piedra al agua, la maldad humana provoca una reacción de males en cadena que llegan a afectar a otras muchas personas que nada tenían que ver. La gracia de Dios se muestra también, entonces, cuando interviene para refrenar la maldad, para vengar a los inocentes, para dar fin, con efectos ejemplarizantes, a la maldad de quienes provocan sufrimiento y violencia. Esto también es gracia. Es la gracia que interviene, que se interpone, que estorba, limita y castiga la perversidad, trayendo alivio y sosiego a sus víctimas.

Es por eso también que decíamos que no es justo eliminar la tensión entre gracia y castigo divinos. Porque bien puede ser que el castigo de unos, otros lo vivan como gracia y liberación y alivio. Desde luego Dios es el único que tiene la capacidad y sabiduría para gestionar las exigencias de gracia de todos nosotros, los seres humanos que él creó y ama, exigencias de gracia que serán muchas veces contrarias e incompatibles entre sí. Al final su amado Hijo Jesús obtuvo la gracia de la resurrección, pero no sin antes, «desgraciadamente», haber padecido los horrores del odio y el rechazo y la crucifixión del Calvario. Padecimientos que fueron, a su vez, la máxima expresión de la gracia de Dios para cada uno de los demás.

Pero esto nos puede ofrecer, tal vez, un atisbo de esperanza de que en nuestro padecer injusticias, maldades, odio y rencor, hasta violencia, quién sabe si no se nos está presentando en bandeja la oportunidad de con ello dar expresión a la gracia de Dios, que podemos regalar a nuestros enemigos. ¡Oh aspiración maravillosa! ¡Oh esperanza sublime! ¡Quién no lo daría todo para lucirse como digno discípulo del Maestro de toda gracia!

—D.B.

EL MENSAJERO es una publicación de AMyHCE (Anabautistas, Menonitas y Hermanos en Cristo – España).

c/ Estrella Polar, 10
09197 Quintanadueñas (Burgos)

Director: Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de AMyHCE ni por el director.

De distribución gratuita en las Iglesias de AMyHCE.

www.menonitas.org